

EN UNA CIUDAD HEROICA

El Rey de España visita las ruinas de Numancia

Las históricas ruinas de la antigua ciudad de Numancia, asombro del mundo entero en la época en que casi toda la Humanidad estaba sometida al poder de Roma, han sido visitadas por el Rey de España, quien se habrá sentido orgulloso al contemplar los restos de la heroica ciudad que, con Sagunto, dió al mundo la pauta de que había de ser el carácter español, de la heroicidad de sus hijos y de la altanería atrevida de la raza.

La expedición hacia las ruinas partió del pueblo de Aganay, en donde esperaban al Rey el pueblo en masa y el Ayuntamiento en pleno; además se hallaban allí el ministro de Instrucción pública, el vizconde de Eza, el gobernador civil, el jefe de Obras públicas, los jefes de la Guardia Civil, los senadores de la provincia, Sres. Archilla, Allende y Rico; los diputados a Cortes Sres. Azpeitia, González y De Gregorio, la Comisión que viene realizando las excavaciones en la histórica Numancia y otras personalidades.

El Rey, que vestía uniforme de Infantería con las insignias del Toisón, iba acompañado del marqués de la Torre y del duque de Miranda.

El vizconde de Eza presentó al Soberano a las autoridades locales, y seguidamente la comitiva se dirigió a visitar las históricas ruinas.

El Rey escuchó con gran atención las explicaciones que de las ruinas le dieron don José Ramón Mélida y D. Manuel González Simancas; después el Soberano, acompañado del ministro, autoridades y demás personalidades, visitó toda la superficie excavada, recorriendo calle por calle; en la confluencia de dos calles, requirió la atención regia un macizo de defensas triangulares y varios montones de tierra movediza; el presidente de la Comisión explicó al Monarca que aquella tierra

procedía de las excavaciones, y que toda ella se iba depositando en la superficie de la ciudad para que no dificultara los sucesivos trabajos.

Como el Rey inquiriera la cantidad consignada para estos trabajos, se le contestó que apenas ascendía a 15.000 pesetas; lo exiguo de la suma no consentía que las interesantes excavaciones se realizaran con rapidez, ya que, a juicio de la Comisión, habría que construir un tren aéreo para evacuar los escombros con la necesaria rapidez.

Don Alfonso interesó del ministro de Instrucción pública tomara nota acerca de este particular.

El Rey escuchó muy complacido todas las explicaciones de los técnicos, y a su vez refirió al Sr. Mélida y a los demás circunstantes la visita que hace pocos días realizó a una gruta prehistórica en la provincia de Santander, recomendando a los técnicos que no dejaran de visitarla, ya que en ella encontrarían detalles interesantísimos para sus estudios arqueológicos.

El Soberano y sus acompañantes continuaron recorriendo varias calles ibéricas y romanas, presenciando las excavaciones que se hallaban realizando un grupo de obreros.

Como el Monarca preguntara por un vaso prehistórico encontrado en las excavaciones, se le contestó que había sido enviado al Museo.

El Sr. González Simancas explicó al Soberano las características de las defensas que utilizaban los numantinos, extendiéndose en detalladas consideraciones de técnica militar; cuando hubo terminado, el Soberano dijo:

—Han cambiado los medios de combate; pero los sistemas de batalla de estas ruinas representan lo que cualquiera población del

frente francés destruida, una vez que hayan transcurrido mil años.

La impresión de su visita la concretó así el Monarca:

—Cuando estuve aquí la primera vez, ustedes decían que aquí fué Numancia, y había que creerlo; pero igual podía ser 500 metros más allá; ahora las ruinas dan la impresión de una ciudad destruida y cuya civilización la reveló su cerámica.

Hablando después con Mélida, le dijo:

—Ustedes, de cualquier detalle que a los profanos nos parece poca cosa, obtienen enseñanzas y deducciones provechosas.

—Señor—contestó Mélida—. Vuestra Majestad no es profano en estas cosas, sino que, muy al contrario, demuestra muchos conocimientos.

El Rey, con gran modestia, insistió en que era completamente profano en estos asuntos.

La impresión de todos los circunstantes es que el Soberano ha demostrado sus vastos conocimientos arqueológicos.

La primera visita que el Rey hizo a las ruinas fué el 24 de agosto de 1905; entonces sólo había hecho una pequeña excavación el profesor alemán Schullen, y de entonces acá la Comisión española ha dejado al descubierto una considerable extensión con frutos altamente valiosos.

El Monarca expuso la conveniencia de explorar todo el cerro; preguntó si había planos de todo lo excavado, y la Comisión le contestó que se hacían anualmente con todo detalle.

Al terminar la visita, la Comisión de excavaciones obsequió al Monarca y los demás expedicionarios con un espléndido lunch sobre el mismo cerro de la Muela; en una mesita sentáronse el Rey, el ministro, el vizconde de Eza y el Sr. Mélida, y en otra, las autoridades y demás invitados.

DESPUES DE LA GUERRA

LA LUCHA SOCIAL

POR EUSTAQUIO BUSTOS

Uno de los efectos inmediatos de la convulsión que durante cuatro años ha conmovido al mundo es, sin disputa alguna, el recrudescimiento de la cuestión social.

Es una ley histórica, jamás desmentida, que la gestación de nuevas orientaciones de carácter político social traen siempre consigo una lucha cruentísima de pueblos contra pueblos, cuando no de ciudadanos contra ciudadanos.

Y ocurre siempre que, mientras dura la conflagración, parecen como relegadas a segundo término aquellas cuestiones generatrices precisamente del cataclismo, aunándose los esfuerzos de todos para defender la integridad de la patria o la seguridad del régimen constituido.

Pero en acabando el derramamiento de sangre surgen de nuevo las ideas pujantes, brisas, casi siempre consolidadas, o al menos con mucho camino adelantado, para conseguir la viabilidad en el ambiente de las nuevas organizaciones.

Ejemplo de lo que decimos es la lucha religiosa, que terminó con la implantación del protestantismo en Alemania, el enciclopedia del siglo XVIII, padre de la revolución francesa, en la que se fundieron tantos valores so-

ciales, para dar vida al liberalismo doctrinal y práctico y últimamente las teorías socialistas, las que, aun reconocido su fracaso, han sido, al fin y al cabo, las causantes de la guerra europea.

Y sucedió como siempre, que al conjuro de la lucha dejaron de laborar en el campo de la filosofía los cerebros privilegiados, para ocuparse únicamente en la invención de fórmulas químicas capaces de destruir con un terrible, horroroso realismo aquella fraternidad universal y nivelación igualatoria, tan decantada en pomposas y sutiles teorías.

Mas al callar de los cañones ha seguido el griterío ensordecedor de las ideas, encontrándose de nuevo frente a frente los mismos factores que originaron la lucha, más debilitado el régimen autocrático, con mucha vibración y pujanza los representantes del socialismo.

Bien a las claras se manifiesta la desigualdad de la contienda por los elementos tan contrarios empleados por unos y otros en la defensa de sus ideales.

De un lado, el amilanamiento de espíritu de las clases conservadoras, paliado torpemente tras el relucir de unas bayonetas, y de otro, la jactancia de los poseídos de su valor social, acrecido por el ostensible miedo de los otros.

Al final de la senda, si los primeros siguen en su afán de ir cediendo día por día a las exigencias de los segundos, acabará por entronizarse el socialismo demagógico, que si fuese el socialismo cultural, ¡bendito sea! pero después de haberse derramado mucha sangre y haber perdido la vida muchas personas inocentes.

Los defensores de una doctrina que actualmente informa el espíritu de una Sociedad han de conducirse como los caudillos que defienden una plaza: cuando se convencen de la esterilidad de la lucha capitulan, ahorrando así el caudal de muchas vidas.

Por lo que toca a España, ¿cree el Gobierno, creen las clases conservadoras en la imposibilidad de vencer al socialismo demagógico y al sindicalismo? Pues dejen franco el paso para que sean ellos los informadores del nuevo espíritu social. ¿Creen, por el contrario, en la derrota del monstruo? Pues empleen los elementos de combate necesarios para ello con valor, con hidalguía y hasta con generosidad, trayendo a las leyes lo que haya de bueno y aceptable en aquellas teorías.

Pero, por Dios, no jugad con cosa de tanta monta, engañádonos y engañándonos, «haciendo como que hacéis».